

Completamente. Además, ¡vida!
 Completamente. Además, ¡muerte!
 Completamente. Además, ¡todo!
 Completamente. Además, ¡nada! (P.H., 666)

El adverbio modal «completamente» nos remite a la integridad de lo positivo y negativo, y el adverbio «además» funciona, por su parte, como expresión aditiva en la que se integra el valor copulativo con el adicional.⁷ En virtud de las oposiciones dialécticas las cosas aparecen positiva («vida») y negativamente («muerte») a la vez, y la no exclusión de contrarios viene marcada por el adverbio «además». Esta interrelación cualitativa finaliza con el adverbio «completamente», remitiéndonos a la unión conflictiva de contrarios, síntesis que surge de la confrontación y destrucción de ambos principios («vida»/«muerte»). La progresión dialéctica se concreta, pues, en el último «Completamente», negación cualitativa que despoja a cada uno de los elementos confrontados de su parcialidad y limitación. Así pues, los contrarios se van integrando dinámicamente dentro de una relación de mutua dependencia e influencia: vida/muerte; todo/nada; mundo/polvo; Dios/nadie; nunca/siempre; oro/humo y lágrimas/risas.

En *Poemas humanos* prevalece la consideración ético-social sobre la religiosa, y el hablante lírico aparece combatiendo la alienación genérica del hombre, partiendo de su propia experiencia. Su compromiso con la condición humana se evidencia, por ejemplo, en los dísticos irónicos que, en forma de aforismos, organizan el poema «Un hombre pasa con un pan al hombro». Las preguntas retóricas que se va, y nos va, formulando, nos remiten a una serie de situaciones que apuntan a la falsa objetividad del mundo reificado y a unas situaciones empíricas que exigen la reconciliación del hombre consigo mismo y con esa comunidad de la que forma parte:

Otro busca en el fango huesos, cáscaras
 ¿Cómo escribir, después, del infinito?
 . . .
 Alguien pasa contando con sus dedos
 ¿Cómo hablar del no-yo sin dar un grito? (P.H., 656-657)

En la antropología de Vallejo, como en la de Marx, el hombre se realiza plenamente sólo en los otros hombres («¡Ah querer, éste, el mío, éste, el mundial, / interhumano y parroquial, provento!» P.H., 658). Esta interrelación desalienante lleva aparejada, a veces, una ética contradictoria: «ayudarle a matar al matador —cosa terrible— / y quisiera yo ser bueno conmigo / en todo» (659).

El proceso dialéctico de la realidad adopta en el poema «Traspié entre dos estrellas» la conciencia del dolor de un hablante lírico que se proyecta solidariamente a distintas formas de desposesión en una serie de oposiciones dialécticas que niegan el aspecto deshumanizante de la existencia:

Vanse de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen
 y suben por su muerte de hora en hora
 y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo.
 ¡Ay de tanto! ¡ay de tan poco! ¡ay de ellas! (P.H., 633)

⁷ «Sin embargo, esta plenitud o reacción entera va a recibir en "Además", esto es, va a ser completada con otro elemento: "vida", "muerte", "todo", "nada", etc., y uno y otro integrantes de la pareja así establecida resultan ligados, amarrados por "además", que sería el lazo o yugo que los vincula», Alberto Escobar, *Cómo leer a Vallejo*, Perú: P. L. V. Editor, 1973, pp. 214-215.

Dentro de este movimiento progresivo, el hablante lírico va asumiendo la angustia de la colectividad, combinando dialécticamente el principio subjetivo (marcado por la repetición del «mi») y la realidad externa («mancomunada»). La unión de los contrarios en el plano subjetivo («mugre blanca») se proyecta positivamente a la realidad total: «¡Ay de mi mugre blanca, en su hez mancomunada!» (*P.H.*, 633).

Nuevamente la oposición dialéctica se define no por simple oposición, ya que identidad y negatividad no se excluyen, sino complementariamente. La situación de penuria, en los siguientes versos, tiene un carácter positivo, en tanto en cuanto potencia y dinamiza una serie de fuerzas que pueden transformar las condiciones negativas:

¡Amado sea
el que tiene hambre o sed, pero no tiene
hambre con qué saciar toda su sed,
ni sed con qué saciar todas sus hambres! (*P.H.*, 634)

Dentro de la conciencia dialéctica de Vallejo habría que considerar el poema «Voy a hablar de la esperanza». En estos versos la materia se eleva a categoría filosófica y esta materia, o realidad objetiva, aparece en el hombre en forma de sensaciones. Sensaciones que se objetivan en un dolor absurdo, sin causa, que el hablante lírico (identificado en este caso con el autor real) asume, transformando este dolor en conciencia total: «Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente... Hoy sufro desde más arriba. Hoy sufro solamente» (*P.H.*, 553). La conciencia del dolor concreto, personalizado, trasciende el propio «yo», no para enajenarse, sino para identificarse en el dolor total de todos los seres. El hablante lírico trata, inútil y culpablemente, de encontrar la interacción causa-efecto de este dolor que finalmente llega a identificar como algo congénito a la naturaleza humana: «he aquí que mi dolor de hoy no es padre ni es hijo» (*P.H.*, 554). En Vallejo el dolor físico tiene una causa material, social, y no se asume como sufrimiento heredado por el pecado original dentro de la doctrina escatológica del cristianismo.⁸ El hablante lírico se lamenta de su incapacidad para transformar el dolor, dándole un sentido y, por esto, la única opción es condenarlo, negarlo: «Le falta espalda para anochecer, tanto como le sobra pecho para amanecer y si lo pusiesen en una estancia oscura, no daría luz y si lo pusiesen en una estancia luminosa, no echaría sombra» (*P.H.*, 554).

La enajenación divina del dolor del hombre es el motivo del poema «Acaba de pasar el que vendrá», título que alude al frustrado encuentro con Cristo, ese desterrado («proscrito») que ignora la triple realidad (racional, espiritual y material) del hombre:

Acaba de pasar el que vendrá
proscrito, a sentarse en mi triple desarrollo;
acaba de pasar criminalmente (*P.H.*, 667)

Las incumplidas promesas de redención de Cristo se traducen en el desengaño que sufren tanto el propio Cristo, como el hombre, desengaño contenido en la contradicción que encierra el último verso:

⁸ Sobre la actitud a-cristiana de Vallejo en *Poemas humanos y España*, aparta de mí este cáliz, véase el artículo de N. Salomon, «Algunos aspectos de lo "humano" en *Poemas humanos*», *Aproximaciones a Vallejo*, II, op. cit., pp. 191-230.

Acaba de ponerme (no hay primera)
su segunda aflixión en plenos lomos
y su tercer sudor en plena lágrima.

Acaba de pasar sin haber venido (*P.H.*, 667)

Los dramáticos sucesos de la Guerra Civil española confieren un tono apocalíptico a los versos de «Sermón de la barbarie» (*Poemas Póstumos* en la edición que manejamos) y *España, aparta de mí este cáliz*. Junto a la concepción marxista del mundo, aparecen en estos versos reflexiones signadas por un cristianismo inoperante: «y es muy grave sufrir, puede uno orar...» (*S.B.*, 654). El dolor del ser humano no se justifica ya por el sacrificio de Cristo:

Y también de resultas
del sufrimiento, estoy triste
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,
de ver al pan, crucificado, al nabo,
ensangrentado,
llorando, a la cebolla,
al cereal, en general, harina,
a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo,
al vino, un ecce-homo,
tan pálida a la nieve, al sol tan ardio! (*S.B.*, 654)

Y la promesa de Cristo se sustituye por el advenimiento mesiánico del hombre plural, colectivo, y por la acción de éste en la Historia: «¡Ah! desgraciadamente, hombres humanos, / hay hermanos, muchísimo que hacer» (*S.B.*, 655). Siendo social la naturaleza genérica del hombre, éste no puede realizarse fuera de la comunidad humana. Y, por esto, la nueva conciencia se forja ahora desde la solidaridad humana:

Entonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre, echóse a andar... (*E.*, 748)

El marxismo, como el cristianismo, invoca la esperanza de los desposeídos, pero según una ética del hombre y para el hombre en el reino de este mundo. El conformismo cristiano se ha transformado en los últimos poemas de Vallejo, en lucha por la fraternidad, por la libertad. La esperanza la encarna, ahora, el miliciano, ese nuevo Cristo cuya acción es la única forma de dar dignidad a la colectividad humana, según se desprende de esta especie de plegaria:

¡Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!

...
y trabajarán todos los hombres,
engendrarán todos los hombres,
comprenderán todos los hombres!

¡Obrero, salvador, redentor nuestro,
perdónanos, hermano, nuestras deudas! (*E.*, 724)

José Ortega

